

## XVIII

En que se dan á conocer los instintos de la raza

Cuando Gastón de vuelta de su correría al camino de Rambouillet entró en su cuarto de la calle de Bourdonnais, halló á la Jonquiere sentado junto á la estufa probando el vino de una botella de Peralta que acababa de destapar.

— Y bien, caballero, dijo al ver á Gastón, ¿qué tal os parece mi cuarto? ¡eh!... es bastante cómodo; ¿no es verdad? Sentaos y probad de este vino; es como los mejores de Rousseau. ¿Habéis conocido á Rousseau? No, sois de provincia, y en Bretaña no se bebe vino se bebe sidra ó cerveza; yo no he podido beber allí más que aguardiente.

Gastón no respondió, ni aun prestó atención á lo que decía el capitán la Jonquiere; tan ocupado estaba con una sola idea; dejóse caer desconsolado en una silla, apretando entre las manos que tenía en los bolsillos la primera carta de Elena.

— ¿Dónde estará? decía para sí. Este París inmenso, sin límites, va á ocultármela quizás para siempre. ¡Oh! son demasiadas dificultades á la vez

para un hombre que carece de poder y experiencia.

— Á propósito, dijo la Jonquiere, que había seguido en la imaginación del joven el curso de sus ideas, tan fácilmente como si el cuerpo de Gastón hubiera sido transparente; á propósito, caballero, aquí hay una carta para vos.

— ¿De Bretaña? preguntó temblando el caballero.

— No, de Paris; es de una letrita bonita, que según todas las apariencias, debe ser de mano de mujer.

— ¿Dónde está? preguntó Gastón.

— Pedídsela al tabernero. Cuando entré la tenía en la mano.

— Dádmela, exclamó Gastón precipitándose en la sala general y dirigiéndose al tabernero.

— ¿Qué mandáis, caballero? preguntó Tapin con su acostumbrada política.

— Esa carta.

— ¿Qué carta?

— La que habéis recibido para mi.

— ¡Ah! perdonad, es cierto; ¡y yo que me había olvidado de dárosela!...

Y sacando la carta de su bolsillo, se la entregó á Gastón.

— ¡Pobre imbécil! decía entretanto el falso la Jonquiere; ¡y estos necios se ponen á conspirar! son como d'Harmental; quieren ocuparse á un tiempo de política y de amor; ¡estúpidos! sin embargo, más vale que sean así, principalmente

para nosotros, de quienes no están enamorados.

Gastón entró gozoso, leyendo, relejendo y deletreando la carta de Elena.

« Calle del arrabal de San Antonio, una casa » blanca, detrás de los árboles, álamos según creo; » el número no he podido verle, pero es la que » hace treinta y una ó treinta y dos á la izquierda, » después de haber dejado á la derecha un castillo » flanqueado de torres, que parece una cárcel. »

— Sí, exclamó Gastón, no puede equivocarse, ese castillo es la Bastilla; pronto encontraré la casa.

Estas palabras las pronunció de modo que Dubois las oyó.

— ¡ Pardiez ! ya creo que la hallarás, dijo Dubois para sí, aunque debiera llevarte yo mismo.

Gastón miró su reloj, y viendo todavía que tenía dos horas suyas antes de la cita en la calle del Bac, tomó de nuevo su sombrero, que había dejado al entrar en una silla, y se dispuso para salir.

— ¿ Qué es eso, os vais? preguntó Dubois.

— Tengo que hacer indispensablemente.

— ¿ Y nuestra reunión que ha de verificarse á las once?

— Todavía no han dado las nueve: tranquilízalos, pronto volveré.

— ¿ Me necesitáis?

— No, gracias.

— Si preparáis algún rapto, soy experimentado en

esas materias, y por consiguiente podré ayudaros.

— Gracias, volvió á decir Gastón, ruborizándose á su pesar; no se trata de semejante cosa.

Dubois se puso á silbar una canción, como hombre que toma las respuestas por lo que valen.

— ¿ Estareis aquí cuando vuelva? preguntó Gastón.

— No lo sé... acaso tenga yo que ir también á tranquilizar á una hermosa dama que se interesa por mi persona; de cualquier modo, á la hora convenida hallaréis aquí al hombre de ayer con el mismo carruaje y el mismo cochero.

Gastón se despidió apresuradamente de su compañero. En la esquina del cementerio de los Inocentes halló un coche de alquiler, subió y se hizo conducir á la calle de San Antonio. Al llegar á las veinte casas bajó, ordenando al cochero que le siguiera; y en seguida se adelantó examinando todas las casas de la acera izquierda de la calle. Á poco rato se encontró al frente de una gran tapia, más elevada aun que los altos y espesos álamos que la rodeaban. Esta casa correspondía tan perfectamente á las señas que le había escrito Elena, que no dudó fuese la que habitaba la joven; pero allí comenzaban las dificultades: en aquellas paredes no había ninguna abertura; no se veía á la puerta ni aldaba ni campanilla, porque de nada servían para los grandes señores que iban precedidos de lacayos que llamaban á las puertas

que querían se les abriesen con el puño de plata de sus bastones. Gastón hubiera hecho en aquella circunstancia el oficio de lacayo, y habría llamado, bien con el pie ó con una piedra, pero temía que hubiese órdenes para no abrir á nadie: mandó, pues, á su cochero que se detuviese; y queriendo por medio de una señal bien conocida de Elena advertirla que estaba allí, se adelantó por la callejuela á que hacia esquina la casa, y aproximándose todo lo que le fué posible á una ventana abierta que daba á un jardín, llevó las manos á la boca é imitó con toda la fuerza que pudo el grito del mochuelo.

Elena se estremeció; reconoció aquel grito que tantas veces había oído; le pareció que se hallaba aun en el convento de las Agustinas de Clissón, y que el caballero surcando las aguas del lago á impulsos del silencioso movimiento del remo iba á detenerse debajo de su ventana, en medio de las cañas que crecían á la orilla. Aquel grito, cuyo eco subía hasta su oído, le anunciaba la anhelada presencia de Gastón. Corrió á la ventana, y al divisar al joven, trocó una mirada con él, que quería decir por una parte: *os esperaba*, y por la otra: *aquí estoy*; después, volviendo á su estancia, cogió una campanilla que debía á la munificencia de la señora Desroches, la cual se la había dado sin duda para otro uso muy distinto, y la tocó con tanta fuerza, que no sólo la señora Desroches, sino la doncella y un lacayo, acudieron precipitadamente.

— Id á abrir la puerta de la calle, dijo imperiosamente Elena; está esperando una persona para entrar.

— Deteneos, dijo la señora Desroches al criado que se disponía á obedecer; antes quiero ver quién es esa persona.

— Es inútil, señora, yo lo sé, y basta; ya os he dicho que la esperaba.

— Sin embargo, si no debéis recibirla... replicó la dueña procurando mostrar firmeza.

— Yo no estoy en el convento, ni menos en ninguna prisión, señora; y así, recibiré á quien me parezca.

— Pero al menos, ¿podré saber quién es?

— No hay inconveniente; es la misma que recibí en Rambouillet.

— ¡ El caballero de Livry !

— Justamente.

— Tengo orden formal de no dejar entrar á ese joven.

— Y yo os mando que le conduzáis aquí ahora mismo.

— ¡ Señorita ! ¿ desobedeceréis á vuestro padre ? dijo la señora Desroches con voz entre colérica y respetuosa.

— Mi padre nada tiene que ver aquí, y menos por vuestros ojos, señora.

— Sin embargo, ¿ quién dispone de vuestra suerte ?

— ¡Yo, yo sola! exclamó Elena, ardiendo en ira al notar que se quería ejercer tal dominio sobre ella.

— Señorita, os juro no obstante que vuestro padre...

— Mi padre, si lo es, aprobará lo que yo haga.

Estas palabras, pronunciadas con todo el orgullo de una emperatriz, confundieron á la señora Desroches, la cual entonces se atrincheró en un silencio y una inmovilidad que imitaron la doncella y el lacayo.

— ¡Qué es esto! dijo Elena: he mandado abrir la puerta; ¿no se obedece lo que yo mando?

Nadie respondió: los criados esperaban las órdenes de la dueña.

Elena se sonrió desdeñosamente, y no queriendo comprometer su autoridad con la servidumbre, hizo con la mano un ademán tan imperioso, que la señora Desroches se apartó de la puerta delante de la cual se hallaba, y le dejó libre el paso. Entonces Elena bajó majestuosamente las escaleras seguida de la señora Desroches, que estaba absorta al ver tanta energía y firmeza en una joven que hacia doce días había salido del convento.

— ¡Parece una reina! dijo la doncella á la señora Desroches; yo iba á abrir ya la puerta si ella misma no hubiese ido.

— ¡Ah! dijo la dueña, así son todas en la familia.

— ¿Habéis conocido á su familia? preguntó la doncella sorprendida.

— Sí, dijo la dueña, notando que había dicho demasiado; sí, conocí en otro tiempo al marqués su padre.

Entretanto Elena bajó los últimos escalones, atravesó el patio y se hizo abrir la puerta con su autoridad. En el umbral se hallaba Gastón.

— Venid, amigo mio, le dijo Elena.

Gastón la siguió, la puerta se cerró detrás de ellos, y ambos entraron en las habitaciones del piso bajo.

— Me habéis llamado, Elena, y al punto he acudido, le dijo el joven; ¿tenéis algo que temer? ¿os amenaza algún peligro?

— Mirad al rededor vuestro, le contestó Elena, y juzgad.

Los jóvenes se hallaban en aquel elegante gabinete en donde nosotros introdujimos al lector cuando siguiendo al principio de esta historia al regente y á Dubois, quiso éste que fuese testigo el padre de los desórdenes de su hijo. Este gabinete, según ya sabemos, estaba inmediato á un comedor, con el cual se comunicaba por dos puertas y por un arco lleno de flores de las más olorosas, raras y magníficas. Veiase colgado de raso azul, sembrado de rosas con follaje de plata; en la parte superior de las puertas había pinturas que representaban la historia de Venus en cuatro cuadros; su nacimiento

al salir de la espuma del mar; sus amores con Adonis; su rivalidad con Psiquis, á quien hacia azotar con varas; y por último el despertar de su sueño en los brazos de Marte, y bajo las redes tendidas por Vulcano. En las paredes estaban bosquejados otros episodios de la misma historia; pero las pinturas eran tan suaves en los contornos, tan voluptuosas en la expresión, que no podía dudarse acerca del uso á que estaba destinado aquel lindo aposento. Las pinturas que Nocé, en la inocencia de su alma, había asegurado que eran muy decentes, habían bastado sin embargo para asustar á Elena.

— Gastón, dijo ésta, teniais razón en manifestarme que desconfiase de ese hombre que se vendia por padre mio; y á deciros verdad, tengo más miedo aquí que en Rambouillet.

Gastón examinó todas aquellas pinturas poniéndose sucesivamente pálido y encarnado, al ocurrirsele la idea de que existía un hombre que había creído posible halagar los sentidos de Elena por semejantes medios: después pasó al comedor, lo examinó también detalladamente del mismo modo que lo había hecho con el gabinete, y vió que contenía las mismas pinturas eróticas, las mismas imágenes voluptuosas. Luego bajaron ambos al jardín, que estaba todo lleno de estatuas y grupos en que el mármol se animaba representando nuevos episodios que parecían haber sido olvidados en el lienzo.

Al volver á las habitaciones, pasaron por delante

de la señora Desroches, que no les había perdido un instante de visita, y á quien en un momento de desesperación se le escapó decir, alzando los ojos y las manos al cielo:

— ¿ Oh Dios mio! ¡ qué pensará su alteza!

Estas palabras hicieron que estallase la tempestad por largo tiempo contenida en el pecho de Gastón.

— ¡ Su alteza; exclamó: ya lo habéis oido: ¡ su alteza! ¡ Teniais razón en temer, y vuestros castos instintos os advertian el peligro. Aquí nos hallamos en la casa de alguno de esos grandes pervertidos, que compran el placer á costa del honor. Jamás he visto estas moradas de perdición, Elena, pero adivino lo que son: estos cuadros, estas estatuas, estas pinturas al fresco, esta luz misteriosa que penetra en las habitaciones, estos corredores preparados de modo que la presencia de los criados no turbe los placeres del amo; todo esto, creedme, me lo dice todo. En nombre del cielo, no os dejéis engañar más, Elena. Yo tenia razón en prever el peligro en Rambouillet; aquí la tenéis vos para temerle.

— ¡ Dios mio! dijo Elena; y si ese hombre viniese, si con el auxilio de sus criados quisiese detenernos á la fuerza...

— Tranquilizaos, Elena, replicó Gastón, ¿ no estoy yo aquí?

— ¡ Oh! ¡ Dios mio! ¡ Dios mio! ¡ cuán cruel es

tener que renunciar á la dulce idea de poseer un padre, un protector, un amigo !

— ¡ Ah ! ¡ y en qué momento ! cuando vais á quedar sola en el mundo, dijo Gastón, descubriendo sin saber lo que hacía una parte de su secreto.

— ¿ Qué estais diciendo, Gastón ? ¿ qué significan esas palabras siniestras ?

— ¡ Nada... nada !... repuso el joven ; algunas palabras inconexas que se me han escapado, y á las cuales no debe darse sentido alguno.

— Gastón, vos me ocultáis alguna cosa, terrible sin duda, pues que en el momento mismo que pierdo á mi padre habláis de abandonarme.

— ¡ Oh, Elena ! ¡ no os abandonaré sino con la vida !

— Si, eso es, repuso la joven ; vuestra vida corre peligro y teméis abandonarme muriendo. Gastón, en vano pretendéis ocultarlo, no sois el Gastón de otro tiempo. Vuestra alegría no ha sido completa al encontrarnos hoy ; vuestro dolor, no de los más intensos al perderme ayer ; tenéis en la cabeza proyectos más importantes que los que abrigáis en el corazón. Hay alguna cosa en vos, orgullo ó ambición, que puede más que el amor. Si... y en este momento mismo os ponéis pálido... Gastón ¿ qué tenéis ? ¡ en nombre del cielo ! me partís el corazón con vuestro silencio.

— Nada, nada, Elena, yo os lo juro. En efecto,

¿ no es bastante para conmoverme todo lo que os sucede ? ¿ No es bastante hallaros sola y sin defensa en esta casa de perdición, y no saber cómo protegeros ? porque sin duda ese hombre es poderoso. En Bretaña tendría amigos y doscientos hombres que me defendieran ; aquí no tengo á nadie.

— ¡ No es más que eso Gastón ?

— ¿ Y no es demasiado ?

— No, Gastón, no ; porque al instante mismo vamos á dejar esta casa.

Gastón se puso pálido : Elena bajó los ojos, y dejando caer su mano entre las frías y húmedas de su amante, le dijo :

— Delante de todas esas personas que nos miran, á la vista de esa mujer vendida, que no puede pensar sino en urdir contra mi una traición, vamos á salir juntos.

Los ojos de Gastón brillaron con un relámpago de alegría ; después un pensamiento sombrío disipó su brillo como una nube.

Elena siguió en el rostro de su amante esta noble expresión.

— ¿ No soy vuestra esposa ? le dijo : mi honor ¿ no es el vuestro ? Salgamos pues.

— ¿ Pero qué hemos de hacer ? ¿ dónde llevaros ?

— Gastón, respondió Elena, yo no sé nada ni puedo nada ; ni en París, ni en el mundo conozco á nadie más que á vos. Pues bien, vos me habéis

abierto los ojos, y ahora desconfío de todo y de todos, menos de vuestra lealtad y amor.

El corazón del joven estaba destrozado; seis meses antes su vida le hubiera parecido insuficiente para pagar el generoso afecto de la animosa joven.

— Elena, medítadlo bien, dijo Gastón. Si nos engañásemos; si ese hombre fuera verdaderamente vuestro padre...

— Gastón, vos sois quien me ha enseñado á desconfiar de ese padre, y ¡ ahora lo olvidáis !

— ¡ Ah! ¡ sí, Elena, sí ! repuso el joven; salgamos de aquí, y sea como quiera ; ¡ salgamos !

— No necesito que me digáis á dónde vamos, dijo Elena; basta que vos lo sepáis. Ved aquí un Crucifijo y una Virgen, chocantemente colocados en medio de estas imágenes impuras; jurad ante ellos que respetaréis el honor de vuestra esposa.

— Elena, respondió Gastón, no os haré el agravio de prestar semejante juramento; he vacilado por mucho tiempo en haceros la oferta que vos me habéis hecho hoy. Rico, feliz y seguro en cuanto á lo presente, hubiera puesto á vuestros pies riqueza y felicidad, dejando á Dios el cuidado del porvenir; pero en este crítico momento debo deciroslo; no, no os habíais engañado; entre hoy y mañana puede sobrevenir algún acontecimiento terrible: lo que puedo ofreceros, Elena, es, si mi empresa tiene buen éxito, una elevada posición tal vez; si malo, la fuga, el destierro y acaso la miseria. ¿ Me amáis bastante,

Elena, ó amáis bastante vuestro honor para arrosrar este peligro ?

— Estoy pronta, Gastón: decidme que os siga, y os seguiré.

— Pues bien, Elena; no burlaré vuestra confianza, tranquilizaos; no es á mí casa donde iréis, sino á la de una persona que os protegerá si es necesario, y que en mi ausencia reemplazará al padre que creíais haber hallado, y á quien por el contrario habéis perdido por segunda vez.

— ¿ Quién es esa persona, Gastón? No es desconfianza, añadió con encantadora sonrisa, sino curiosidad.

— Una que no puede negarme nada, Elena, cuya vida depende de la mía, y que no creará que me hago pagar muy caro exigiendo vuestro reposo y seguridad.

— ¡ Todavía más misterios! Gastón, en verdad me hacéis temblar por el porvenir.

— Este secreto es el último, Elena; desde este momento sabréis todos los sucesos de mi vida.

— Gracias, Gastón.

— Ahora podemos marchar.

— Vamos...

Elena tomó el brazo del caballero y atravesó el salón en que se hallaba la señora Desroches en extremo indignada escribiendo una carta, cuyo destino se deja conocer.

— ¡Dios mío! ¡señorita! exclamó: ¿adónde vais? ¿qué hacéis?

— ¿Dónde voy? huyo de aquí: ¿qué hago? salir de una casa en que pelagra mi honor.

— ¡Cómo! exclamó la dueña levantándose como si hubiera tenido un resorte en las piernas que le hubiese obligado á ello; ¡cómo! ¿os vais con vuestro amante?

— Os engañáis, señora, respondió Elena con acento de dignidad; me voy con mi esposo.

La señora Desroches, asombrada, dejó caer sus descarnados brazos á lo largo de sus secas caderas.

— Y ahora, continuó Elena, si la persona á quien conocéis pregunta por mí para verme, le diréis que aunque soy provinciana y colegiala, he adivinado el lazo que me tendía; que huyo, y que si me encuentran, hallarán á mi lado quien me defienda.

— ¡No saldréis de aquí, señorita! exclamó la señora Desroches, aun cuando debiera emplear la violencia.

— Veamos cómo la empleáis, señora, dijo Elena con el tono majestuoso que le era natural.

— ¡Hola! ¡Picard, Couturier, Blanchot!

Los criados á quienes llamaba acudieron.

— Al primero que se me ponga delante le mato, dijo friamente Gastón desenvainando su espada bretona.

— ¡Qué cabeza! ¡Dios mío! ¡qué cabeza! exclamó la señora Desroches. ¡Ah! señoritas de Chartres y de Valois, ¡y cómo se os parece!

Los dos jóvenes oyeron esta exclamación, pero no la comprendieron.

— Marchemos, dijo Elena, y no olvidéis, señora, el repetir palabra por palabra todo lo que os he dicho.

Y tomando de nuevo el brazo de Gastón, mostrando en su rostro la expresión del placer y del orgullo, valiente como una amazona de la antigüedad, mandó que se le abriera la puerta, cuyo mandato no se atrevió á desobedecer el portero. Entonces Gastón dió á Elena la mano, hizo que se acercara el carruaje en que había venido, y al ver que los criados se disponían á seguirle, se volvió hacia ellos y dijo en alta voz:

— Si dáis dos pasos más publicaré este suceso, y la señorita y yo nos pondremos bajo la protección del honor público.

La Desroches creyó que Gastón estaba enterado del secreto, y temiendo que lo descubriese, se entró en la casa precipitadamente seguida de toda la servidumbre.

El coche partió al galope.



## INDICE

---

	Pág.
INTRODUCCIÓN. — I. Una abadesa en el siglo xviii. . . . .	5
II. En que decididamente vamos viendo el arreglo de la familia . . . . .	24
III. El ratón y la rata . . . . .	42
I. — De lo que pasaba tres noches después a cien leguas del Palacio Real . . . . .	65
II. — De como la casualidad coordina algunas veces las cosas de modo que parecen providenciales. . . . .	83
III. — El viaje . . . . .	95
IV. — Un cuarto en la fonda del Tigre Real en Rambouillet.	118
V. — Un montero con la librea de S. A. R. Monseñor el duque de Orleans. . . . .	127
VI. — De lo útiles que son los sellos . . . . .	140
VII. — La visita . . . . .	155
VIII. — En que prueba Dubois que su policia secreta era mucho mejor por quinientas mil libras, que la general del Estado costando tres millones . . . . .	167

IX. — Otra vez en Rambouillet . . . . .	179
X. — El capitán la Jonquiere . . . . .	188
XI. — El señor Moutonnet, mercader de paños en San Germán en Laye. . . . .	200
XII. — De como algunas veces no puede uno fiarse de ciertas señas que parecen seguras . . . . .	212
XIII. — Su excelencia el duque de Olivares . . . . .	227
XIV. — Monseñor, somos Bretones. . . . .	239
XV. — Maese Andrés . . . . .	246
XVI. — La casita del arrabal de San Antonio . . . . .	260
XVII. — El artista y el político. . . . .	270
XVIII. — En que se dan á conocer los instintos de la raza. . . . .	282

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

